

*El rinconcito.*

¿Estais fatigado? lo dijo M. T.

Litog. de Decan.

muy sabio, monseñor, y con vuestra licencia sea dicho, que estuviesen enfermos, que estuviesen buenos y sanos, sabia qué era lo que debia dárseles. . . . Por esto me parece que mis animales no le olvidarán en mucho tiempo.

—Tampoco yo habré de olvidarles, dijo Juan deshaciéndose en lágrimas. . . . ¿Pero qué quereis que haga, nuestro amo Tomás? es preciso que yo sepa leer.

Algunos dias despues de esta conversacion y de la entrada de Juan en la casa del canónigo, separóse éste del campo para volverse á la ciudad; la despedida de Juan para con su familia adoptiva, fué de lo mas tierno, pero la que dirijió á sus carneros, uno tras otro, hizo llorar á todos los que la presenciaron. Sus pobres animales parecian comprender que iban á perder su protector y amigo; habia tomado un aspecto triste el aprisco.

Por lo demas, jamás los echó Juan en olvido, como lo demostró con el tiempo; porque despues de haber servido muchos años de criado en la casa del canónigo, y que éste le hubo cumplido su promesa enseñándole á leer y escribir, el único libro que por orden de Carlos V compuso en 1370, fué un tratadito sobre la crianza de carneros, de esta manera, intitulado: “Verdadero régimen y guia de los pastores y pastoras, que trata de la profesion, ciencia y práctica del arte de criar carneros y cuidar ovejas y otros animales lanares, por el rústico Juan de Brie, el “buen pastor.”

Esto es, niños, que me leéis, cuanto nos dice la historia con relacion á ese Juan que se hizo galopin por tal de aprender á leer.

**EL RINCONCITO.**

Mi objeto al haceros este relato histórico es el de demostraros, amiguitos míos, que por oscura que sea la condicion en que os haya hecho nacer el destino, es necesario que para nosotros mismos nos digamos: “Dios me ha dado, como á los demas de mis semejantes, corazon para sentir, fuerzas para elevarme.” No desmayeis, pues, aun cuando os encontréis en la más penosa situacion, en las más crueles angustias, y medita en que nuestra existencia es á menudo una prueba á que la Providencia nos somete para cerciorarse de si somos dignos de sus favores.

Durante mucho tiempo estuve en íntima amistad con uno de los ricos propietarios de la capital; este era un verdadero filántropo que ocultaba su opulencia bajo un exterior sencillísimo, que amaba y respetaba á la clase laboriosa de la sociedad, y que se dedicaba sin solaz, á construir obras útiles al comercio y ventajosas al Estado. Figuraba entre estas obras uno de los pasadizos de mas fama, el cual da al baluarte y reúne cuanto á la industria y las artes concierne. Habia invertido considerables capitales en este grande establecimiento y se habia captado la veneracion de los hombres de aquella clase á la cual se da vulgarmente el nombre de comercio inferior, es decir, de aquellos buenos artesanos que empiezan á labrar fortuna y que forman cierta órden del pueblo cuya divisa es "Trabajo y probidad." Muchos de entre estos individuos debian su suerte, que cada dia mas y mas se mejoraba, al fomento y á los generosos auxilios que el Sr. T\*\*\* mi venerable amigo, les prestaba. De suerte, que nunca atravesaba por su rico y brillante pasadizo, sin que le acogiesen sus inquilinos, por aquí con saluciones, por allí con aspecto respetuoso y agradecido, mas allá con una sonrisa de ventura. Cualquiera habria dicho que todos constituian una familia numerosa, en la cual reinaba una armonía completa, que tributaba á su gefe los homenajes que merecia.

Un dia del mes de Julio, encontréme á este gran industrial recorriendo su amado pasadizo y observando aqui y allí con una ojeada las diversas tiendas que le debian el estado de prosperidad en que aparecian, y decíale yo que aquel filantrópico exámen valia tanto como el que hiciera un general de ejército. Esplayábase aquel hombre escelente conmigo, y confesábame con candor que no conocia posicion social que quisiese trocar por la que ocupaba. Saliamos juntos del pasadizo conversándonos cuando á la inmediacion de la entrada percibimos un adolescente de mirar vivo y semblante espresivo. Apoyábase sobre las varas de una carretilla de mano que estaba llena de pedazos de alajín; enjugábase con un pañuelito agujereado el sudor que le corria por la frente y dirijia sobre nosotros un mirar sumamente espresivo.

—¿Estais cansado? dijole el Sr. T\*\*\* con aquel empeñoso interés que tomaba para con las personas de trabajo por ínfimo que fuese al que se dedicase.

—Confieso que sí, buen señor; me estoy cayendo de casancio; dura cosa es tener que rodar todo el dia, delante de uno esa pesada masa de alajín. Y por Dios que mi madre, que es quien lo hace, no se anda escaso en él con la miel y la harina.

—¿Y qué tanto vendeis al dia? preguntóle á su vez.

—Cuatro francos un dia con otro, lo cual nos viene á dejar libres cincuenta sueldos de ganancia, cantidad que no es muy sobrada que digamos para mi buena madre y para mí, pues de ella es necesario que tomemos doscientos francos de alquiler de casa, nuestros alimentos, y ademas para un solo un par de zapatos al mes que por bien herrados que esten.....; Ay! si pudiera dejar la carretilla y establecerme en un *rinconcito* que hace mucho tiempo codicio, no se qué esperanza me dice que haria allí bonitos negocios.

—¿Y cuál es ese *rinconcito*? preguntó con interés el Sr. T\*\*\*

—Ahí le teneis inmediato á vos, caballero.

—¡Ah! es el *rinconcito* donde se ponen las escobas con que se barre el pasadizo; pero ved que no tiene á lo sumo sino tres piés de ancho y cuatro de profundidad.

—Suficiente lugar habria para mi tren que bien sabría yo aumentar todos los dias.

—Pues bien, hacedos dueño del *rinconcito*, dijole con sencillez mi digno amigo; se pondrán en otro lugar las escobas.

—¡Oh buen señor! no nos sería posible pagar el alquiler, y hemos adoptado por principio, mi madre y yo, no tomar jamas nada que sea superior á nuestros medios; la probidad es antes que todo.

—Vamos, nada pagareis.

—No entiendo lo que me decís.

—El *rinconcito* es mio; yo soy el propietario del pasadizo.

—¿Pues qué! ¿al respetable Sr. T\*\*\* es á quien tengo el honor de hablar? exclamó el adolescente descubriéndose con respeto.

—Al mismo; y ved que quiero que desde mañana os trasladéis al *rinconcito*, en el cual preparará mi carpintero todo lo que fuere necesario, y especialmente pondrá una puerta y cerradura para que os asegureis de noche.... ¿Cómo os llamais?

—Llámome Félix para serviros si fuera capaz de ello.

—¿Félix! nombre que dá esperanzas. Pues bien, Félix, quedamos convenidos: transformais el *rinconcito* en tienda de alajín, y tendreis muchos parroquianos porque ahí cerca está una escuela de artes y oficios de la ayuda de parroquia, y dos veces al dia tendreis una numerosa concurrencia de aficionados á vuestra mercancía.

—Todo eso, sin duda, señor, es muy á propósito para animarme; pero á cuánto ascenderá el alquiler?

—Nada pagareis durante los seis primeros meses, pues es necesario dejaros tiempo para que podais acreditaros; pasado ese término dareis de alquiler lo que pudiéreis.

Félix, oyendo estas palabras, tomó la mano de mi digno amigo, besóla, con una respetuosa emoción, y contestóle con una voz alterada por el enajenamiento de gozo que sentia:

— Acepto, protector, justamente llamado así, del comercio ínfimo, y me atrevo á confiar que me mostraré digno de vuestras bondades.

Inmediatamente que esto dijera el adolescente, siguió rodando su carretilla dirigiéndonos una mirada de profundo agradecimiento y agregando:

— Corro á dar esta buena noticia á mi madre.

Acompañé al Sr. T\*\*\* hasta su casa, y al despedirme de él le dije:

— No sé qué presentimiento me dice que acabais de formar un comerciante mas.

— Ese seria el premio mayor que yo recibiese, contestóme apretándome la mano, despues de lo cual nos separamos.

Inútil me parece decir que el dia siguiente procuré cerciorarme por mí mismo de si se ocupaba el *rinconcito* como habia quedado convenido. Encontréme al jóven Félix proveyendo con su mercancía los diversos axagueles que se habian mandado poner, y agregando á las muestras que habia colocado á la vista, galletas y bizcochos de Nanterre para atraerse parroquianos. Su madre, vestida con su sencillo traje de flamenca, ayudándole por fuera del *rinconcito* porque dentro de él no habrian podido caber ambos, y á cada momento oíase salir el nombre del Sr. T\*\*\* de sus risueños labios.

— ¡Esceleste hombre! exclamaba. Esta mañana vino á vernos, vino por sí mismo á examinar la obra que se ha hecho en nuestro *rinconcito*, y al paso que nos infundía ánimo me metió en la mano un doble napoleon para que cubriésemos los gastos que necesitáramos hacer para establecernos. . . . ¡Oh! nos irá bien, nos irá bien, y todo á él lo deberémos.

Los presentimientos de esta buena y digna muger no tardaron en realizarse. Cada dia tenia mayor número de parroquianos el *rinconcito*, pues este era el modesto título que arriba de su puerta se leia, y la venta del alajin aumentaba en tal grado, que Félix y su madre se vieron en el caso de agrandar el paraje en el cual lo hacian, y de tomar un oficial que les ayudase. Este pequeño establecimiento llegó á hacerse de tanta fama que al espirar los seis meses de alquiler gratuito que el señor T\*\*\* concediera, una mañana se trasladó la anciana Félix al gabinete particular de su generoso protector, y le dijo con una timidez que daba mayor precio á sus palabras.

— Dispensad, querido señor, que me atreva á venir á molestaros; pero cuando manda el honor es necesario obedecerle.

— ¿Qué se os ofrece, buena anciana?

— Queremos pagaros. . . . digo pagaros, pero pagaros es imposible. . . . Habeis, pues, de estar en que desde hace seis meses estamos ocupando el *rinconcito* mi hijo y yo: en estos seis meses hemos ganado 300 francos libres en el pequeño tráfico á que nos dedicamos, y como no queremos ocupar ya gratis nuestro local, vengo á proponeros que admitais 400 francos de alquiler al año, y os traigo el primer plazo adelantado, al cual me he tomado la libertad de agregar el doble napoleon de oro que tan generosamente me prestasteis.

— Pero aquello no os lo presté, tia Félix; os dí aquello para alentaros, y bastante pagado estoy con que haya tenido buen resultado vuestra empresa. Admito los cien francos que me ofreceis por el plazo que comienza, y voy á inscribir vuestro nombre entre los de mis inquilinos, cuya prosperidad me ocasiona júbilo y ventura. . . . Aquí teneis vuestro recibo.

El dia primero de cada trimestre, Félix ó su madre pagaban con toda exactitud su alquiler, y hacian saber al generoso propietario, los nuevos progresos que hacian. Pero en breve hubieron de cansarse de separarse noche con noche de su *rinconcito*, para volverse á las dos guardillas que habitaban en el barrio de Montmartre, y que les costaban doscientos francos al año, suma que, unida á lo que pagaban de alquiler en el pasadizo, ascendia á seiscientos francos.

— ¡Qué diferente posicion guardariamos, decia Félix, si pudiésemos tener una tienda con entresuelo, y un reducido obrador en el fondo para fabricar nuestros efectos!

— ¡Oh! si yo pudiera disponer de un hornito, añadia la tia Félix, tendrían mejor vista mis galletas y nos vendrían muchos mas marchantes. . . . Pero para eso, hijo mio, era necesario resolverse á pagar mil ó dos mil francos cada año, cosa que es superior á nuestras fuerzas.

— Pues bien, madre, esperemos á reunir esa suma con nuestras ganancias, y verémos por un año lo que adelantamos con el *hornito*. Entre tanto, veré si me perfecciono en mi oficio, yéndome todas las noches á casa del primo Beltran, que tiene tanta fama en esto de masas menudas, y no tardaré mucho, os lo juro, en saber todos los secretos del arte.

Puso en práctica Félix su proycto con tanto empeño é inteligencia, que al cabo de unos cuantos meses llegó á ser uno de los mas hábiles oficiales que tuviese el pastelero Beltran, quien hizo todo esfuerzo porque se quedase en su casa. Pero el inquilino del *rinconcito* tenia su proyecto demasiado bien combinado en la mente, para que no lo llevase á efecto. Lo que mas deseaba especialmente, era evitar á su buena madre la penosa tarea de volverse todas las noches al arrabal de Montmar-

tre, á pesar de la lluvia y el frío, y de tener que subir cinco pisos, para hacer su alajin y sus galletas. El mismo sentía ambicion por estender su pequeño tráfico, por hacerse de fama en el pasadizo, y por labrarse un porvenir mas cómodo, pues acababa de cumplir diez y siete años, y comenzaba á sentir cierto secreto apego hácia la hija de un vendedor de figuras de bronce que vivía á su lado, pero cuyos posibles le hacian temer que no pudiese él llegar á estrechar la distancia que le separaba de la linda Alfonsina.

El acaso, que no pocas veces se complace en cooperar á la realizacion de los nobles sentimientos del alma, presentó á Félix la oportunidad de consagrarse á sus especulaciones mercantiles. Un traficante en porcelana, que ocupaba una hermosa tienda en el pasadizo, situada al frente del almacen de figuras de bronce, murió en aquella sazón, dejando una viuda con tres hijos. Esta tienda tenia dos piezas de entresuelo, y otra grande en el primer piso. En el fondo habia un almacen que caía á un patio pequeño, en el cual se podia con facilidad mandar construir un horno. La tia Félix ocuparía el aposento grande del primer alto, y su hijo las dos piezas de entresuelo, en una de las cuales prepararía sus obras de pastelería. Convinieron, pues, madre é hijo, en que antes de colocar el cartelón en la nueva tienda, irian á ver al bueno, al digno Sr. T\*\*\*, para arreglar con él cuál sería el precio del alquiler.

—Es cosa de mil quinientos francos, les dijo el filantrópico; pero vosotros tomadla por mil doscientos.

—Pues bien, aquí os traemos un año adelantado, contestó la tia Félix, sacando de un saquito de cuero que llevaba sesenta napoleones de oro, que ostentó sobre la papelera del Sr. T\*\*\*. Dióles éste recibo, y dijo apretando á Félix la mano:

—¡Animo, buen jóven! ved que llegaréis á figurar un dia entre los comerciantes mas acreditados de mi pasadizo.

El cielo permitió que esta prediccion se realizase. No tardaron la madre y el hijo en dar á sus rentas un impulso de que ellos mismos se asombraron. Tuvieron por marchantes á los habitantes mas ricos del barrio. No se hablaba en todas partes mas que del *hornito de Félix*. Proferíase este nombre en las mas numerosas reuniones, en los mas magníficos bailes: volvióse de moda, y en breve trasformóse en un rico industrial, el oscuro inquilino del *rinconcito*. De suerte, que la mala cachucha de cuero, convirtióse en otra de castor pardo; la chamarreta de oscuro lienzo burdo, trocóse por un elegante chaleco de cotonia blanca, que dejaba descubierta una camisa de batista muy bien encarrujada, y prendida por delante con un broche de oro. La buena tia Félix habia sustituid

tambien, no acaso sin pesar suyo, el gorro de gasa guarnecido de cintas, al pañuelo de algodón encarnado que antes cubria su cabeza, y al justillo de estameña y á la basquiña de droguete, un vestido de indiana floreada y un cinturón de seda punzó.

Tres años trascurrieron sin que la fama y la prosperidad de Félix cesasen un momento. En breve unió á la gran tienda que ocupaba, otra mas espaciosa todavía, y dos almacenes en que se hacian á su vista los efectos que vendia, que se consumian en los palacios mas suntuosos de la capital, y que eran preferidos á todos los del mismo género, con los cuales se compararon. Las ganancias de Félix volviéronse considerables, y le pusieron en estado de comprar muchos inmuebles, cuyos capitales ascendieron á mas de trescientos mil francos. En suma, el Sr. Félix llegó á ser elector, elegible, y habiendo desaparecido la distancia que le separara de la linda hija del comerciante en figuras de bronce, pidió su mano y se enlazó con ella.

Fué tan venturoso de casado, como lo era de comerciante, y cuando se paseaba con sus chulos niños por el pasadizo, deteniase con ellos frente al *rinconcito*, que en aquella sazón ocupaba un modesto vendedor de fósforos, y descubriéndose, así como tambien ellos, deciales: “Ahí es, hijos míos, donde comencé á aprender mi profesion y á labrar fortuna: saludad conmigo al *rinconcito*, y jamas olvideis que podeis llegar á la clase de respetable ciudadano, y al noble título de esposo feliz y padre dichoso, con esfuerso, probidad, trabajo y confianza en Dios.”

Siempre que solia yo encontrar al buen Sr. Félix en las asambleas electorales acercábase á mí, saludábame con afecto y nunca recibia mi apretón de mano sin decirme antes: “El *rinconcito* os dá las gracias.” Si pasaba por su dos tiendas preciso era, cediendo á sus instancias, que saludase á su muger, besase á sus lindos chicuelos, entrase en su salon ricamente amueblado, recorriese sus vastos almacenes, escuchase la relacion que me hacia en lo confidencial de la estension, de la prosperidad de su comercio y arte, decíame con aquella espresion que solo del corazón viene: “¡Hé ahí sin embargo lo que me ha producido el *rinconcito*!”

En fin, el respetable Sr. T\*\*\* terminó su útil y memorable carrera. Mas de quinientos artesanos, á la cabeza de los cuales iban los diversos gefes de sus talleres, desengancharon los caballos del carro fúnebre y lo llevaron arrastrando ellos mismos hasta el cementerio de Oriente. Yo habia solicitado el honor de pronunciar una oracion ante el sepulcro de mi venerable amigo cuyo féretro llevaba en hombros Félix, con los ojos anegados en llanto, y muchos artesanos, á quienes durante su vida auxiliara. En el momento en que Félix puso á mis piés el cadáver de su

bienhechor, toméle la mano, y le dije: "El os procuró el primer *rinconcito* y vos habeis venido acompañándole al último que á todos nos espera..... Ya lo veis, Dios nos ha colocado en la tierra para que mutuamente nos cuidemos hasta el sepulcro."

### Una visita al emperador del Gran Mogol.

Pocos habrá sin duda entre vosotros, hijos míos, que no hayan oído hablar, una vez siquiera, del Gran-Mogol, de ese vasto imperio que en otro tiempo comprendía las provincias más hermosas de la India; y si por casualidad hubiese llegado á vuestras manos alguna antigua relacion de viajes, á causa de las portentosas descripciones de que la visteis llena, habriais creído seguramente que leíais algun cuento de las Mil y una Noches; esto es porque, durante muchos siglos, se sucedieron allí, sin interrupcion, príncipes conquistadores cuya única ambicion fué la de acumular en la ciudad capital de Delhi, los tesoros y despojos de toda el Asia. De manera que los soberanos del Gran-Mogol ostentaban en ciertas ocasiones una magnificencia de que no pudieran daros idea nuestras más brillantes solemnidades europeas. Un viajero francés del siglo XVII, llamado Tavernier, refiere que el trono en que estaba sentado el emperador valía sobre ciento sesenta millones de libras, es decir, sobre doscientos cincuenta millones de nuestra actual moneda. Doce columnas de oro adornadas con gruesas perlas sostenian el dosel del trono; este dosel estaba guarnecido de perlas y diamantes y superado de un pavó real, cuya cola no se componia sino de piedras preciosas.

¡Mas ay! el antiguo esplendor del Gran-Mogol ha decaído hoy mucho y cerca de cien años de guerras desastrosas le han reducido á no ser ya sino una parte mediana de las posesiones que tiene la Inglaterra en la India; y su emperador que descende del célebre Tamerlan en línea recta tambien conserva apenas un débil resquicio de poder. No le han dejado los ingleses sino los honores de soberano, y le consuelan de un desprestigio con una pension anual de cuatro millones de francos.

No hay cosa más interesante que la relacion de una visita que hizo hace diez años á aquella sombra de monarca, nuestro célebre compatriota Victor Jacquemont, viajero infortunado que, despues de haber em-

pleado tres años en explorar la India, fué á morir en Bombay en 1832, víctima de su amor á las ciencias.

Habiendo llegado Jacquemont á Delhi, ofrecióle el enviado inglés que le presentaria al emperador, proposicion que con viva satisfaccion fué aceptada. S. M. I. tuvo la bondad de reunir su córte para recibir al ilustre viajero, á quien se condujo al palacio con una extraordinaria pompa. Un regimiento de infantería, un escuadron de caballería y todo un ejército de criados, ugieres, &c., componian su comitiva que se terminaba coa una manada de elefantes adornados con riquísimos caparazones.

El palacio del emperador del Gran-Mogol tiene fama de ser uno de los más hermosos monumentos de Asia. Es un vasto conjunto de edificios de granito encarnado, circuido de elevadas y fuertes murallas, y que tiene un profundo foso sobre una milla de circunferencia. Con arreglo al énfasis oriental, el ugier, al anunciar que se presentaba nuestro compatriota, dióle el título de *señor vencedor en la guerra*; y cuando le admitió el emperador en su presencia confirióle un khelat ó traje de honor, que se le puso, con gran ceremonia, bajo la direccion del primer ministro. En seguida el emperador, con sus propias manos, puso en el sombrero gris del francés, que antes habia disfrazado de turbantes, un doble adorno de piedras preciosas. Gran trabajo tuvo Jacquemont (segun él lo refiere) para poder conservar seriedad durante aquella especie de comedia; "afortunadamente, dice, no habia espejos en el salon del trono y no podia yo ver, de aquel mi traje de máscara, sino mis largas piernas con pantalon negro que salian por debajo de mi bata turca de dormir."

El emperador era un venerable anciano de grallarda presencia y larga barba blanca; su melancólico semblante era el de un príncipe que habia sido desgraciado toda su vida. No tenia una idea muy distinta de nuestra patria, puesto que preguntó si habia rey en Francia y si se hablaba inglés allí; lo que en particular pareció llamarle la atencion, fué el aspecto extraño que le presentara nuestro compatriota con sus cinco piés y ocho pulgadas de estatura, su largo cabello, sus anteojos y su traje oriental por sobre su frac negro hecho á la moda de Paris.

La audiencia duró sobre media hora, y despues de ella retiróse Jacquemont en procesion seguido de su séquito. Tocaron marcha los tambores cuando pasó por delante de las tropas con su bata de muselina bordada. "¡Ah!" escribió con gracia á su padre; "¡que no hubieseis presenciado aquello para que os hubieseis regocijado de los honores que se tributaban á vuestro vástago!"

De suerte que el Oriente, del cual no se hablaba hará apenas un siglo sino con una especie de respeto y temor, no presenta hoy ya á los via-